

Skulduggery Pleasant,

**detective  
esqueleto**

**LA MUERTE DE LA LUZ**



DEREK LANDY



Skulduggery Pleasant,

detective  
esqueleto

LA MUERTE DE LA LUZ

DEREK LANDY

sm

Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Paloma Muiña  
Coordinación gráfica: Lara Peces

Ilustración de cubierta y letras capitulares: Tom Percival  
Diseño de cubierta: HarperCollins Publishers, 2014  
Adaptación de cubierta: Eduardo Nacarino

Título original: *The Dying of the Light*  
Traducción y glosario: Ana H. Deza

Publicado originariamente en Gran Bretaña por HarperCollins *Children's Books* en 2014  
HarperCollins *Children's Books* es una división de HarperCollins *Publishers Ltd*  
77-85 Fulham Palace Road, Hammersmith, Londres W6 8JB

© Derek Landy, 2014

© Ediciones SM, 2016

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

© Letras capitulares: Tom Percival, 2014

Skulduggery Pleasant™ Derek Landy

Logo SP™ HarperCollins *Publishers Ltd*

*Do Not Go Gentle into That Good Night*, de Dylan Thomas,  
poema correspondiente al libro *The Poems of Dylan Thomas* (Dent),  
se ha usado con el permiso de David Higham Associates

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9060-9

Depósito legal: M-29198-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro me lo dedico a mí mismo.

Derek, sin ti no estaría donde estoy ahora. No puedo expresar con palabras todo lo que te debo por lo mucho que me has guiado: por tu sabiduría, tu ingenio, tu perspicacia, tu aguda inteligencia, tu buen gusto, tu fuerza, tu integridad y tu humildad. No mencionaré las generosas donaciones que realizas, tu compromiso político, ni la labor en defensa del medio ambiente que llevas a cabo. Y no lo haré no solo porque tú no quieras hablar del tema: es que nadie quiere hacerlo.

Me has enseñado a ser mejor persona.

Nah. Nos lo has enseñado a todos.



*No entres dócil en esa dulce noche,  
debe arder la vejez y delirar al fin del día;  
rabia, rabia contra la muerte de la luz.*

DYLAN THOMAS



!

## MEEK RIDGE

 **F**ALTAN solo unos segundos para que sean las cinco de la mañana y Danny ya está despierto. Rueda despacio para salir de la cama, con los ojos medio cerrados, y pone los pies descalzos en el suelo. Es más duro levantarse temprano en invierno, cuando el frío le tienta para que vuelva a meterse bajo las sábanas. «Los inviernos en Colorado son dignos de verse», decía su estimado y difunto padre, y Danny no está en disposición de discutirle nada a su estimado y difunto padre. Sin embargo, ahora es verano: los veranos son cálidos, así que se sienta en el borde de la cama sin tiritar y, después de un minuto en blanco luchando por abrir los ojos, se levanta y se viste.

Baja las escaleras y, mientras hace café, abre la tienda. La General Store se abre al público a las cinco y media, todos los días salvo los domingos. Ha sido así desde que Danny era un niño y sus padres regentaban el local, y sigue siéndolo ahora que tiene veintisiete años y sus padres están fríos y quietos, tumbados uno al lado del otro en sus tumbas. A veces, Danny tiene un mal día y le da por pensar que también sus sueños están ahí enterrados, pero sabe que eso es injusto. Intentó dedicarse a la música: se mudó a Los Ángeles y formó una banda; cuando las cosas no salieron como esperaba, regresó a casa para encargarse del negocio familiar.

Lo dejó, y no puede echarle la culpa a nadie salvo a sí mismo.

A las seis, el pueblo de Meek Ridge ya está despierto. La gente para de camino al trabajo y Danny charla con ellos, pero no lo hace con la famosa facilidad de palabra que tenía su madre. Cuando estaba viva, ella hablaba por los codos y reía sin esfuerzo. Su padre era más comedido, más reservado, pero aun así caía bien a la gente. Danny no tenía ni idea de qué piensa la gente de él: un aspirante a estrella del rock que se largó en cuanto terminó el colegio y regresó con el rabo entre las piernas años después. Seguramente piensen exactamente eso.

La madrugada pasa a ser media mañana, y la media mañana se convierte en un ardiente mediodía. A no ser que haya un cliente mirando los estantes, Danny se queda en la puerta, con una botella de coca-cola fría en la mano, mirando los coches que pasan por Main Street y a la gente que camina; todos parecen tener cosas que hacer y sitios a los que ir. Sobre las tres, el negocio repunta, como siempre, y eso le mantiene ocupado y alejado de la luz del sol, hasta que finalmente llegan las siete de la tarde, su momento favorito de la semana.

Danny saca la lista para asegurarse de que no se le olvida nada, aunque realmente no lo necesita. Cuando termina tiene llenas dos bolsas de la compra grandes –reutilizables, de lona, no de papel ni de plástico–. Cierra la tienda, deja las bolsas en el asiento del copiloto de su viejo Ford abollado y conduce hasta salir de Meek Ridge con la ventanilla abierta: su aire acondicionado no enfría gran cosa. Cuando la carretera se estrecha, ya está empezando a sudar y, a medida que sigue por el camino retorcido de tierra, nota las primeras gotas que resbalan entre sus omóplatos.

Por fin llega a una puerta cerrada con llave y se queda esperando con el motor encendido. Saca la mano por la ventanilla y toca al botón del intercomunicador. Todas las semanas a la misma hora va allí y ella lo sabe. Hay una cámara que enfoca su rostro, escondida entre los árboles o los setos. Ya no intenta loca-

lizarla. Simplemente sabe que está allí. La puerta se abre muy despacio con un chasquido y él entra con el coche.

El dueño anterior de la finca murió cuando Danny era un adolescente. Con la falta de cuidados, los edificios empezaron a deteriorarse y los terrenos, cientos de acres de campo, se llenaron de malas hierbas. Ahora son prados exuberantes, verdes y extensos, y los edificios están restaurados o han sido construidos desde cero. Hay una valla rodeando la propiedad, demasiado alta para trepar por ella y demasiado fuerte para romperla. Hay cámaras ocultas por doquier y todo está lleno de alarmas.

En Meek Ridge hubo un maremoto de rumores sobre la nueva propietaria de la finca, y desde entonces las aguas siguen turbias. Algunos dicen que es una actriz que sufrió una crisis nerviosa o una rica heredera que rechaza el lujoso estilo de vida de su familia. Otros consideran que está en el programa de protección de testigos o que es la viuda de un gánster europeo. La tormenta de rumores ha dejado tras de sí ríos de cotilleos en que las historias y las mentiras absolutas fluyen y refluyen. Danny pone en duda que ninguno de ellos se acerque ni remotamente a la verdad. No es que él sepa cuál es: la nueva propietaria de la finca le resulta tan misteriosa como a los demás habitantes del pueblo. La única diferencia es que él la ve una vez a la semana.

Danny llega hasta la casa de campo. La ve sentada a la sombra del porche, sobre una mecedora, una mecedora de verdad, algo que le gusta hacer las tardes templadas, con su perro enroscado al lado. Danny agarra las bolsas de la compra, una en cada mano, y sube los peldaños mientras ella deja el libro que estaba leyendo y se levanta. Tiene el pelo y los ojos oscuros y aparenta unos diecinueve años, pero lleva viviendo allí más de cinco y no ha cambiado absolutamente nada, así que Danny le echa más o menos veinticuatro años.

Es guapa. Guapa de verdad. Cuando sonrío le sale un único hoyuelo en la mejilla, lo cual ya no le resulta tan llamativo como

antes. Tiene las piernas largas y fuertes, enfundadas en vaqueros ajustados, y lleva botas de montaña desgastadas. Esta tarde se ha puesto una camiseta sin mangas con el nombre de un grupo del que Danny nunca ha oído hablar. Tiene un tatuaje en el brazo izquierdo desde el hombro hasta el codo. Algo tribal, tal vez. Unos símbolos raros que casi parecen jeroglíficos.

–Hey, hola –dice Danny.

Xena, la perra pastor alemán que nunca se separa de ella, le gruñe enseñándole los dientes.

–Xena, quieta –ordena ella en voz baja, pero hay algo afilado en su tono. Xena para de gruñir, pero no aparta los ojos de la garganta de Danny–. Vienes pronto –dice, reparando por fin en su presencia.

Danny se encoge de hombros.

–He tenido un día tranquilo, así que decidí tomarme un poco de tiempo libre. Es una de las ventajas de ser tu propio jefe, ¿sabes?

Ella no contesta. Para ser una chica que vive con la única compañía de un perro, no parece emocionarle el noble arte de la conversación.

Abre la puerta corredera; luego, la segunda puerta que hay detrás, y le hace una seña para que entre. Él mete la compra, con Xena pisándole los talones, como si llevara una escolta armada. La casa es grande, antigua, limpia y reluciente. Entera de madera. Todo es pesado y sólido, el tipo de solidez a la que te agarrarías si estuvieras ahogándote, flotando a la deriva. Danny a veces se siente así, como si fuera a arrastrarle la corriente sin que nadie se diera cuenta.

Deja la compra en la mesa de la cocina, alza la vista para decir algo y se da cuenta de que está a solas con la perra. Xena está echada sobre los codos, con las orejas tiasas, la cola recta e inmóvil, sin dejar de mirarle.

–Hey, hola –susurra con suavidad. Xena gruñe.

–Toma –la voz de la chica suena justo a su espalda y Danny pega un brinco. Se gira rápido hacia la perra por si ha considerado el movimiento brusco un gesto de amenaza, pero Xena está ahí echada, sin gruñir ya, con expresión totalmente inocente, carente de agresividad.

Danny sonrío con cierta timidez y agarra el dinero.

–Perdona –dice–. Siempre se me olvida lo silenciosa que eres al caminar. Pareces un fantasma.

Hay algo en su expresión que hace que Danny se arrepienta al instante de haber dicho eso; pero antes de que pueda añadir nada para arreglarlo, ella se pone a sacar la compra.

Danny se queda quieto e incómodo y se obliga a mantenerse callado. A estas alturas, ya se conoce la rutina. Mientras ella se dedica a sacar la comida, pregunta, con el tono más despreocupado del mundo:

–¿Cómo van las cosas en el pueblo?

–Bien –responde Danny, porque eso es lo que siempre dice–. Todo tranquilo, pero bien. Van a abrir un Starbucks en la calle principal. Etta, la dueña de la cafetería de la esquina, no está muy contenta. Intentó montar una asamblea para evitarlo, pero no fue nadie. La gente quiere un Starbucks. Y Etta no les cae muy bien...

Asiente con la cabeza como si le interesara, y luego hace la pregunta que él estaba esperando:

–¿Alguna cara nueva?

–Lo normal; la gente que pasa de camino.

–¿Nadie ha preguntado por mí?

Danny niega con la cabeza.

–Nadie.

Ella no contesta, no sonrío, no suspira ni parece decepcionada. Solo es una pregunta que necesita una respuesta, un hecho que precisa que le confirme. Danny nunca le ha preguntado a quién está esperando o si sería bueno o malo que alguien preguntara por ella. Sabe que ella no se lo diría.

Cierra la alacena de la cocina, dobla una de las bolsas, la mete dentro de la otra y se la entrega a Danny.

–¿Podrías traerme unos huevos la próxima vez? –le pide Stephanie–. Tengo ganas de comer tortilla.

Él sonríe.

–Claro –siempre ha tenido debilidad por el acento irlandés.